

EL ORDEN PUBLICO

EDITORIAL

Puerres, Segovia, Guaviare. Lugares de los últimos acontecimientos que ya son repetitivos. Cada vez más desolación, más secuestros, más violencia, más impotencia, más confusión. El Gobierno apela a válidos aunque inútiles procedimientos: creación del cargo de Zar Anti-Secuestros, zonas especiales de orden público, consejos de seguridad celebrados en los lugares de las masacres.

Por qué válidos? Es absolutamente legítimo y necesario que el Gobierno intente transmitir tranquilidad y la sensación de acción. Por qué inútiles? Si la acción queda ahí y se limita al maquillaje, al anuncio y a posiciones encaminadas a evadir el problema más que a conjurarlo, a que el Gobierno resuelva su problema y no el de la comunidad, solo produce frustración y fracaso.

A raíz de la emboscada de Puerres resurgió el debate sobre la ineficiencia de las Fuerzas Armadas, señalando que ésta explica la incapacidad del Estado para doblegar a la subversión y que es necesario reducir su presupuesto y exigirles más resultados. Sin desconocer la presencia de ineficiencia en su dirección y operación, como la hay en los sectores público y privado, debemos afirmar que éste no es el fondo del problema. En Vietnam, la guerrilla comunista derrotó al ejército más tecnificado y poderoso del mundo. Como lo ha dicho el General retirado Alvaro Valencia Tovar «era la lucha de un pueblo convertido en ejército, contra un ejército sin pueblo que lo acompañara, porque la nación norteamericana no fue compelida a pelear». En nuestro caso, el desprestigio de la guerrilla le ha restado apoyo popular, pero también es cierto que nuestro ejército no tiene pueblo que lo acompañe como consecuencia de la torpeza oficial.

El asunto no se limita a una confrontación entre guerrilla y Fuerzas Armadas. Se trata de un reto que la subversión le plantea al Estado y que involucra a toda la sociedad. En este aspecto ha habido confusión, cobardía, mezquindad y acomodo. Las fuerzas del orden, por sí solas, no pueden

derrotar a la subversión. No faltan idiotas útiles que se rebuscan toda suerte de argumentos para impedir la participación de las comunidades en el conflicto. En medio de su ingenuidad, de su incomodidad con todo lo militar, de su cobardía, y quizás también con algo de malicia, desconocen que la historia contemporánea demuestra que una guerra irregular de guerrillas no puede ser resuelta por un ejército solitario sin la decidida participación de la población civil. En Colombia, con torpeza por parte de unos, y con habilidad por parte de otros, hemos recargado la lucha sobre el ejército quitándole todos los Instrumentos de eficacia. No se trata de utilizar mercenarios. Simplemente es respetar el derecho a la legítima defensa del pueblo bajo la dirección y apoyo oficial.

La carencia de una opción efectiva, con irrestricto y decidido apoyo oficial a todos los niveles, que no sea clandestina, es lo que estimula lo que se ha entendido como paramilitarismo. Paradójicamente, podemos concluir que quienes más radicalmente se oponen a la legítima defensa de la ciudadanía y mayor aversión manifiestan frente al paramilitarismo, resultan ser sus propiciadores.

Las cooperativas Convivir han sido un tímido paso en la dirección adecuada, pero la falta de un absoluto compromiso gubernamental y sus dificultades estructurales y operativas, como consecuencia de las limitaciones políticas, prácticas y jurídicas, las alejan de configurar una verdadera opción.

La complejidad del problema no reside en la supuesta ineficiencia de las Fuerzas Armadas, ni en la falta de presupuesto, ni el número de efectivos. Radica en la ausencia de una decisión política inquebrantable para encarar a la subversión con mentalidad ganadora, reconociendo el derecho a la legítima defensa de la población civil. Como decía Churchill, no hay sustituto para la victoria. Sucesivos gobiernos, con su contemporización, tolerancia y debilidad ante el crimen y el desorden, han castrado paulatinamente la iniciativa y capacidad de reacción del pueblo.

El cuentico de que hay que negociar con la subversión porque no la podemos derrotar es falso. Esa es la claudicación. Es otorgarle espacio político a la intimidación. Todo individuo, toda comunidad, debe tener un punto más allá del cual no negocia, no transa, no admite que la intimidación se convierta en espacios políticos o en capacidad de negociación. Desde luego que si seguimos creyendo que es un problema de las fuerzas del orden exclusivamente, no podremos derrotar a la subversión. Sí se puede, y en corto tiempo. Lo que no se puede es ganar sin ganas, ganar la guerra sin librarla.

No es conveniente evadir a un enemigo que no transa, que lo que hace desde hace muchos años no corresponde a su discurso, que dice tener fines políticos pero que está absolutamente bandolerizado en sus medios y dedicado al narcotráfico, al secuestro y a la extorsión. Cabe preguntarse si acaso la evasión no ha causado más derramamiento de sangre que la confrontación.

Se requiere un nuevo marco político y jurídico que permita que la ciudadanía realmente participe en este propósito y en la definición de su propio destino. Citando nuevamente al General Valencia Tovar, la Constitución debe reformarse para proveer al Estado de los instrumentos necesarios para su defensa. Para su salvación, más exactamente. Las milicias nacionales deben reincorporarse al orden institucional.

Otro aspecto de vital importancia en la solución del problema del orden público es su relación con el manejo del campo colombiano, por cuyo meridiano pasan buena parte de los problemas sociales y políticos del país, susceptibles de peligrosa agudización si no tienen manejo adecuado.

La dramática situación del sector rural y consiguiente erosión del ingreso, empobrece hasta la miseria a los campesinos, lanzándolos por las vías de la violencia o la práctica de cultivos que buena cantidad de sinsabores nos han traído.

Un adecuado manejo estratégico del campo colombiano en su dimensión geopolítica ha escapado a la comprensión de muy respetados compatriotas, quienes a pesar de haber sido privilegiados con una educación superior, profesan un acentuado neoliberalismo que les impide entender situaciones de estado que rebasan las simples reglas del mercado. Podemos anotar que además de la torpeza, existe una buena dosis de mezquino populismo de corte neoliberal (que también existe] cuando apelan al discurso sobre la concentración de riqueza en el campo en búsqueda de votos y camuflando su desgano y la negligencia y desdén con que lo tratan.

El reestablecimiento del orden público en buena medida reside sobre estos dos pilares: participación de la ciudadanía para encarar a la subversión y la recuperación del campo colombiano como muro de contención de la democracia, pues sin bienestar en el campo *no* habrá paz en Colombia.

Se requiere una política de estado que comprometa a toda la sociedad. Ello requiere de una gran voluntad y fortaleza política.

PUBLIC ORDER

EDITORIAL

Puerres, Segovia Guaviare. These are place where events have repeatedly taken place, bringing about more desolation, kidnapping, violence, helplessness, and confusion. The government takes valid although useless actions: appointing an Anti-Kidnapping Czar, creating special public order areas, and holding security councils at the sites of the massacres.

Why valid? Because the government is legitimately entitled to convey a message of reassurance and to show that action is being taken. Why useless? Because if action is only apparent and it stops there, and it becomes a matter of making announcements and taking positions aimed at evading the problem instead of facing it, at solving the government's crisis instead of the community's problems, a feeling of frustration and failure will prevail.

As a result of the ambush in Puerres, the discussion on the inefficiency of the Armed Forces was reopened, indicating that the government is in capable of defeating insurgency and that the Army's budget should be reduced and more results should be demanded. Although we are aware of its inefficient leadership and operation, which also exists in the private and public sectors, this is not the bottom of the problem. In Vietnam, communist guerrillas defeated the most technical and powerful army of the world. Retired General Alvaro Valencia Tovar stated "it was the struggle of a people that became an army against an army without its people to support it, because the American nation was not compelled to fight". In our case, guerrillas lack credibility and the support of the people, but it is also true that our army does not have its people to support it, as a result of official foolishness.

EDITORIAL

This not just a confrontation between guerrilla groups and the Armed Forces, but a challenge of insurgency against the Government, involving society as a whole. In this respect there has been confusion, cowardice, meanness, and compromise. Law enforcement agencies alone cannot defeat insurgency. There are fools who appeal to all sorts of arguments in order to prevent the participation of communities in this conflict. Naively, cowardly, feeling uncomfortable with everything related to the army, and sometimes with malice, they refuse to accept that modern history has shown that an irregular guerrilla war cannot be won by a lonely army without the participation of civilians. In Colombia, due to the foolishness of some and the trickishness of others, we have left the war in the hands of the army but without giving it the necessary instruments to be efficient. It is not a matter of hiring mercenaries, but of recognizing the right to self of the people, with official leadership and support.

The lack of *effective* having unconditional and determined official support at all levels has encouraged the so-called paramilitarism. Paradoxically, we may conclude that those who strongly oppose the right to self defense of the citizens and openly state their aversión against paramilitaries are responsible for their promotion.

The Convivir cooperatives are a shy step in the right direction, but the lack of government commitment and its structural and operational drawbacks as a result of political, practical, and legal constraints, prevents these cooperatives from becoming a true option.

The complexity of the problem does not lie in the alleged inefficiency of the Armed Forces, in the lack of budget, or in the number of soldiers, but rather in the absence of a strong political determination to fight insurgency with the mind of a winner, recognizing the right to self defense of the population. As Churchill said, there is no substitute for victory. Government after government, with their compromise, tolerance, and weakness vs. crime and turmoil, have gradually destroyed the initiatives and reaction capacity of the people.

The story about the need to negotiate with insurgency because it cannot be defeated is false. This would be to surrender and to open a political space for intimidation. Every individual and every community must establish a limit to negotiation and compromise and refuse to accept intimidation as having a political space or negotiating capacity. Obviously, if we believe that it is the Army's problem alone, we will never be able to defeat insurgency. It is impossible to win a war without the will and to win a war without fighting.

It is not convenient to evade an enemy which does not compromise, which has acted against its statements for a long time, which claims to have a political purpose, but which is made up of outlaws devoted to drug dealing, kidnapping, and extortion. One wonders whether evasion has caused more bloodshed than confrontation.

A new political framework is required to allow for the participation of citizens in this purpose and in the definition of their own destiny. Quoting General Valencia Tovar again, the Constitution must be amended to provide the Government with the instruments necessary for its defense, and more accurately, for its survival. National militia must be reinserted into the institutional order.

Another vital aspect in solving the public order problem is its relation with the Colombian agricultural sector, which has suffered most of the social and political problems that may become even more serious if handled inadequately.

EDITORIAL

The dramatic situation of the rural areas and the consequent erosion of income makes farmers extremely poor and forces them to take the road of violence or to plant crops that have already caused us serious damage.

A good strategic management of agriculture, bearing in mind its geopolitical dimension, has been overlooked by many outstanding fellow citizens who, in spite of having had the privilege of going to the university, strongly favor neo-liberalism and do not understand State circumstances that go beyond the simple rules of the market. We can say that apart from foolishness, there is a high level of wretched neo-liberal populism when they resort to statements about the concentration of wealth in the rural areas as a tool to get more votes and hide their unwillingness, negligence, and carelessness towards the rural sector.

The reestablishment of public order is basically founded on these two elements: citizen participation in the war against insurgency and the recovery of the Colombian rural sector as the retaining wall of democracy, because without the well being of the rural areas there will never be peace in Colombia.

A government policy committing society as a whole is required. And this requires political will and strength.